

# GÉNESIS DE LOS JUEGOS DE CAÑAS COMO JUEGOS DE COMBATE

*D. Juan Manuel Fernández Fuster*  
(Universidad de Málaga)

*D. Juan Carlos Fernández Truan*  
(Universidad Pablo de Olavide)

---

## Los orígenes: el Djerid

La historia de los juegos ecuestres es tan antigua como la propia domesticación de los caballos, puesto que aunque los primeros Equus, aparecen de manera muy abundante en Europa y Asia en el neolítico, no fueron domesticados hasta alrededor del 3000 a.C., apareciendo las primeras referencias sobre juegos hípicas con un sentido ritual en Persia y la India sobre el año 2500 a.C.. Concretamente se trataba del “Chaghan” persa que posteriormente se practicaría en el Tibet con el nombre de “Pulu” (la bola) y que por derivación lingüística sería practicado por los ingleses en la India con el nombre de “Polo”.

Se conoce que los pueblos indoeuropeos que vivían alrededor del Mar Caspio, ya dominaban los caballos a la perfección en el siglo VI a.C., por lo que eran conocidos con el sobrenombre de la “Cultura del caballo”. Estas tribus que llegaron desde las llanuras del Mar Caspio, invadieron el Asia Menor alrededor del año 2000 a.C. y estaban formadas entre otros por los pueblos Escitas, Hetitas y Luvitas. Los Escitas invadieron Europa entrando por Bulgaria y Hungría, mientras que los otros dos penetraron bordeando el sur del Mar Caspio hacia la región de Capadocia (el entonces país de los Protohati), en donde tras vencer a Asirios y Babilonios crearon el Imperio Hetita (1640-1200 a.C.) (popularmente conocido como Hitita); pueblo muy relacionado cultural y comercialmente con los Aqueos, hasta que fueron vencidos por los “Pueblos del Mar” alrededor del año 1200 a.C. y entre ellos por los Frigios, quienes establecerían en esa región de Anatolia el reino de Frigia en el año 800 a.C.<sup>1</sup>

Entre esos pueblos indoeuropeos de la Cultura del Caballo, se practicaba un juego ecuestre sobre el que el alemán Max von Oppenheim (1860-1946)<sup>2</sup> realizó una profunda investigación del conocido en Turquía con el nombre de “Djerid”, que según sus estudios pertenecía a un culto primitivo realizado por pueblos del Asia Interior, aunque no encontró pruebas documentales de su práctica hasta el siglo XII de nuestra era, cuando fue utilizado en el Asia Menor por los jinetes de Gengis Kan como forma de entrenamiento y diversión.

No podemos olvidar que el primer tratado sobre el entrenamiento y cuidados de los caballos de carros militares, fue escrito precisamente por un funcionario del Imperio Hitita. Se trata del Tratado de Kikkuli “el entrenador de caballos del país de Mitanni” (Mitanni era un pueblo dominado por los Hititas alrededor del 1350 a.C., fecha sobre la que se escribió este tratado), en el que se indica las actividades que diariamente deben realizar los caballos para que sean más veloces y resistentes, así como lo que deben comer y los cuidados a los que se les debe someter.<sup>3</sup>

Tampoco podemos olvidar que los primeros carros de guerra que aparecen en la historia, son los de los ejércitos Hititas en su lucha contra los egipcios de Ramses II en el año 1291 a.C..

Todo esto nos lleva a pensar con bastante fundamento, a que los pueblos indoeuropeos que practicaban el Djerid en la región de Anatolia y del que los griegos que participaron en la guerra de Troya lo aprendieron viéndoles practicarlo, eran fundamentalmente Hititas. Esos troyanos que tuvieron que huir tras su derrota y posteriormente se asentaron en las costas de la península Itálica, a donde llevaron su cultura y entre ella sus juegos, sobre todo los rituales como el Djerid” y de todo lo cual nos dejaron pruebas documentales diversos escritores de la época en obras como: “Hipárquico” y “De la Hípica” escritas por el griego Jenofonte alrededor del año 360 a.C. y en la Eneida del romano Virgilio en el siglo I a.C..

Pero ¿en qué consistía ese juego conocido como Djerid? Básicamente se trataba de un especie de batalla de persecuciones a caballo entre dos grupos que se lanzaban unas pequeñas jabalinas y todo ello con mucha ceremonia ritual.

*“La tradición impone que el primer juego de cada año se celebre en el día del equinoccio de primavera, o sea el "de año nuevo" según el antiguo calendario. Coincide en viernes, es decir, el antiguo día festivo de la semana. El juego comienza después de la oración del mediodía, debiendo haber realizado los participantes, en la víspera, determinadas acciones rituales. Entre éstas se cuentan: haber pasado por debajo de siete puentes tendidos sobre arroyos, recoger 40 piedras que han de lavarse en el agua de siete pozos, pronunciar los «yasin» y echar las piedras limpias al agua, antes de la salida del sol. Todas estas cifras están basadas en tesis de la mística islámica; el echar piedras puede ser un rito islámico, pero la elección del día del equinoccio se remonta a costumbres preislámicas. Otro acto simbólico es la visita a la tumba de un jugador difunto por los que van a participar en el juego.”* <sup>4</sup>

En cuanto al desarrollo del juego era el siguiente:

*“El campo es casi siempre un terreno nivelado de 150 a 200 metros de longitud. En medio del lateral se sitúan los músicos con sus tambores (davol) y trompetas (zurna), para acompañar el juego con las melodías y ritmos tradicionales... Los jinetes llevan, según su habilidad, dos, tres o más jabalinas, suspendidas de la silla o sujetas entre los muslos. Si se les terminan, pueden recoger las de los contrincantes en el aire o del suelo, siempre que se haga sin desmontar. A veces intervienen unos ayudantes de a pie para recoger las armas caídas. En la Anatolia central, los jinetes llevan una especie de gancho con el que, hábilmente, recogen del suelo las jabalinas. Por regla general montan caballos de poca alzada, pero de pura sangre y con mucho fuego; sobre todo prefieren los ruanos árabes, que se excitan con el juego y galopan con mucho nervio. Nadie lo ha descrito mejor que Helmut von Moltke, el que más tarde fue mariscal de campo, y que siendo capitán y consejero del ejército turco vio en 1839, en Dredschiik a orillas del Eufrates, una de estas competiciones, participando luego en ella. Los equipos se componen libremente, sin sujeción a reglas, formando unos veinte Jinetes por cada bando. Puede ocurrir también que se enfrenten los habitantes de dos pueblos vecinos, en ocasión de una boda por ejemplo. En este caso el juego es iniciado por el aga, el más viejo del lugar... Sólo después de esta introducción se adelanta el aga a caballo, arroja la jabalina a un adversario y vuelve*

*grupas. Esta es la señal de salida para el otro equipo, que sale en su persecución e intenta derribarle. Entonces parten los jinetes del bando del aga, y así comienza el ataque, la persecución, las fintas y evoluciones. No se considera correcto y caballeroso atacar estando muy cerca, o dirigirse varios jinetes a un solo contrincante.”*<sup>5</sup>

Hoy en día se sigue practicando este juego en varios puntos del centro y este de Anatolia (Turquía), con muy pocas diferencias del Djerid primitivo,<sup>6</sup> quedando muestras de su celebración con un sentido ritual, que C. Diem nos recuerda e interpreta como ceremonias agrícolas que más adelante analizaremos:

*“...se desprende de las" fuentes chinas que las tribus bárbaras del Oeste, designación que comprende a turcos y mongoles, durante los sacrificios de la recolección otoñal acostumbraban dar tres vueltas a sus campos, en una cabalgata seguida de carreras ecuestres. Tal costumbre fue adoptada por los chinos, aunque con pérdida de la motivación religiosa que aquellas tribus han conservado, como por ejemplo en las carreras rituales del Tibet. Los t'u-chüeh, antepasados de los turcos, celebraban sus carreras hípicas en los funerales, después de haber dado una vuelta a caballo alrededor de la tienda del difunto.”*

Sin lugar a dudas, que este juego del Djerid es el que vieron los Aqueos practicar a los troyanos antes de la destrucción de Troya y que posteriormente sería llevado a las costas de Italia, pero ¿cómo se produjo este paso a occidente?

### **Introducción en Occidente: La Troia**

Las primeras referencias escritas que encontramos en Occidente sobre el juego del Djerid, aparecen en Jenofonte quien en el año 360 a.C. escribió dos obras denominadas “Hipárquico” y “De la hípica”, en las que recomendaba a los griegos ejercicios y torneos a caballo y en las que se describía un juego ecuestre semejante al Djerid, en el que los jinetes llevaban cada uno una lanza y varias jabalinas pequeñas, desarrollando un juego de mutua persecución en que lanzaban la jabalina al adversario. Como variante al juego turco, en sus descripciones aparece el ataque con la lanza una vez arrojadas todas las jabalinas, como una aportación militar que serviría posteriormente de base para las futuras Justas.

Posteriormente sería el romano Virgilio quien en su obra épica “La Eneida”, escrita alrededor del año 29 a.C., nos narrará las peripecias del troyano Eneas, desde la caída de Troya, también conocida como Ilión, hasta su definitivo asentamiento en la región del Lacio de la península Itálica. En su libro V, Virgilio nos describe los juegos funerarios que se desarrollaron en la costa noroeste de la actual isla de Sicilia, junto al actual canal de Trepani (que en aquella época era la colonia griega de Trepanon), en la que reinaba otro Teucro (aliado de la guerra de Troya), como era el rey Acestes. Estos juegos funerarios se celebraron en honor del padre de Eneas: Anquises y en ellos se disputaron regatas de remo, carreras a pie, luchas, peleas de púgiles, tiro con arco y un juego en forma de parada ecuestre que llamaban “Troianum Agmen”, que describía fielmente el juego del Djerid y que representaría el origen de los posteriores Juegos de Cañas.

Sobre esta actividad hípica Virgilio nos refiere textualmente:

*“Aún no concluido el certamen, llama el caudillo Eneas a Epítides, ayo y compañero del niño lulo, y así le dice en confianza al oído: «Ve y di a Ascanio que si tiene ya apercebido su escuadrón de muchachos y dispuesta la carrera de caballos, se presente armado y los conduzca a la sepultura de su abuelo.» Manda Eneas despejar la muchedumbre que anda desparramada por el circo y que quede libre el campo. Avanzan los muchachos en sus caballos vistosamente enjaezados y desfilan en buen orden a la vista de sus padres, entre los aplausos entusiastas de los jóvenes teucros y sicilianos. Todos ostentan al uso sujeto el cabello con una guirnalda de ramas; todos llevan dos jabalinas de cerezo silvestre con punta de hierro; a unos les penden del hombro ligeras aljabas, una flexible cadena de oro labrado les ciñe el cuello, cayendo sobre el pecho. Van divididos en tres compañías, cada una de doce muchachos, y al mando de tres capitanes de su misma edad, escarcean en vistoso alarde... Saludan con aplauso los troyanos a la tímida turba y se deleitan en mirarlos y reconocer en ellos los rostros en sus antiguos progenitores. Luego que recorrieron alegres en sus caballos todo el ámbito del circo para que los contemplaran los suyos, Epítides, al verlos ya dispuestos, dio la señal con la voz y chasqueó su látigo, con lo que partieron todos de frente a la carrera, se dividieron luego en tres bandas y de nueve volvieron atrás a la voz de sus jefes, como si fueran a acometerse con las jabalinas. En seguida emprenden nuevas carreras y contracarreras, y se confunden y revuelven en encontrados giros, simulando un combate, y unas veces huyen, otras se embisten y escaramuzan y otras, en fin, marchan Juntos como si hubieran ajustado paces. Ascanio fue el primero que renovó esta costumbre estas carreras y estos juegos cuando cercó de muralla a Alba-Longa y enseñó a los antiguos latinos a celebrarlos de la propia manera que, en su infancia los había celebrado con él la juventud troyana. Los albanos se los enseñaron a sus hijos; de ellos los recibió después la gran Roma y los conservó en honor de sus ascendientes, y aún hoy a esos escarceos se da el nombre de Troya y los muchachos que en ellos toman parte se llaman el escuadrón troyano.”<sup>8</sup>*

De este texto podemos deducir sobre el juego de la “Truia” varios aspectos:

1º) Este juego vio practicarlo durante la Guerra de Troya a los Teucros (también llamados “domadores de caballos”); es decir, a los troyanos y sus aliados (Dardanos, Cicones, Peonios, Pelasgos, Paflagones, Halizones, Misios, Meonios, Carios, Licios y Pilémenes); todos ellos pueblos de origen asiático, asentados en la zona de Anatolia (Turquía) y sus alrededores.

2º) El encargado de retomar su celebración en tierras itálicas sería Ascanio, hijo de Eneas, quien enseñó a los hijos de los primitivos Latinos en la ciudad que fundó en el Lacio y a la que llamó Alba Longa (la actual Castelgandolfo), que ejercía el liderazgo de la Confederación de las 30 ciudades latinas rivales de Roma, que ofrecían colectivamente sus sacrificios en el Monte Albano (actual Monte Cavo), en cuya cima se hallaba el templo de Júpiter Latiaris, en donde cada primavera se celebraba la fiesta federal y en donde habitaban durante todo el año los sacerdotes de Marte, por lo que se les conocía como los “Albanos”. Al parecer estos sacerdotes eran los encargados de transmitir las técnicas y reglamentaciones para la realización del juego de la “Truia”.

3º) Era un juego hípico que practicaban solamente los hijos (Pueri) de las familias más nobles.

4º) El atuendo de estos jinetes consistía en llevar el pelo “cubierto por una corona de podadas ramas” y sobre su pecho llevaban una cadena de oro que enrollaban al cuello; algunos también llevaban colgados a la espalda ligeros “carcajes” o fundas para llevar las pequeñas jabalinas. Iban armados con dos lanzas de madera de cornejo, con la punta de hierro.

5º) El juego lo disputaban 12 jinetes y 2 escuderos, distribuidos en tres equipos; cada equipo lo capitaneaba uno de los jóvenes más distinguidos.

6º) Básicamente el juego consistía en sus orígenes en un desfile inicial, tras el cual un juez daba un grito acompañado de un trallazo (imaginamos que con un látigo) para el comienzo de la disputa. Los doce jinetes divididos en grupos de tres, a una nueva señal, lanzaban sus caballos a un ataque con las jabalinas alzadas en actitud amenazante, para a cierta distancia del oponente frenar sus caballos amagar el tiro de la jabalina o lanzarla y volverse a su posición inicial. Estas evoluciones a modo de simulacro de lucha, en las que unas veces amagaban y en otras lanzaban sus jabalinas, eran repetidas una y otra vez a modo de virtuosos carrusel sin producirse choques por el gran dominio de los jinetes.

Para algunos autores, como C. Diem, el nombre de “Truia”, que posteriormente se convertiría en la cultura romana en “Troia”, no tiene nada que ver con la ciudad de Troya que describe Homero, sino que...:

*“...es una designación latina, derivada del etrusco, que significa “lugar de reunión o esparcimiento” (de “truare”: moverse con viveza). El concepto mismo de troiano no ha de referirse necesariamente a la ciudad, sino que puede designar todo lo que sea de origen oriental, lo que coincide con la acción de la Eneida, pero puede abarcar también a los propios etruscos.”<sup>9</sup>*

Existen pruebas de la práctica de este juego, no solamente escritas sino también arqueológicas, como es el caso del vaso llamado “jarro para vino de Tragliatella”, del siglo VII o VI a.C., en el que vemos dos jinetes con escudos en los que aparecen dibujos de aves, guirnalda en el cuello y lanza, “que llevan en la cabeza la banda que simboliza la práctica deportiva, y junto a ellos el laberinto símbolo del tumulto, con la palabra “Truia” que se supone de origen etrusco”.<sup>10</sup>

Con lo que podemos comprobar, como ya en el siglo VII o VI a.C. se practicaba este juego en el Lacio.

Otra prueba arqueológica se guarda en el Museo Arqueológico de Nueva York, en el que podemos encontrar una urna de bronce para cenizas del siglo V a.C., procedente de Campania y en la que además de un discóbolo erguido en el centro de la tapa, se pueden apreciar en un círculo, a cuatro jinetes con atavío de los Escitas, como arqueros y jugando con sus lanzas.

Al parecer este juego nunca se limitó a un mero entretenimiento o diversión festiva, sino que desde sus orígenes siempre estuvo asociado a conmemoraciones religiosas, puesto que si habían formado parte entre los primitivos latinos de homenajes funerarios, ya anteriormente entre los pueblos indoeuropeos y posteriormente en el antiguo calendario etrusco fueron primero fiestas agrícolas de las Consualia y Equirria; y durante el imperio romano se convirtieron en celebraciones anuales de rituales agrícolas, vinculadas a las diosas que presidían la llegada de la cosecha como: Seia, Segesta y Tutilina; relacionándose por ello

con los orígenes de las carreras de carros en el Campo de Marte, durante los Ludi Cereales dedicados a la diosa Ceres (tutora del crecimiento de los cereales).<sup>11</sup>

En este sentido C. Diem considera igualmente que:

*“Casi siempre ha sido interpretado como una especie de carrusel a caballo, pero si no fuese más que esto no se explicaría que durante siglos se mantuviese como acto fundamental de muchas fiestas religiosas. Es difícil de creer que una especie de cuadrilla, por muchos que fuesen los jinetes y variadas las figuras, bastase a llenar el programa festivo.”*<sup>12</sup>

Prueba de estas prácticas la encontramos en uno de los reyes etruscos que gobernaron Roma: Tarquinius Priscus, a principios del siglo VI a.C., del que se cuenta que cuando hubo sometido a todo el Lacio, prometió a Júpiter la renovación de aquellos juegos funerarios antiguos.<sup>13</sup>

Como herederos culturales de los pueblos latinos y etruscos, los romanos continuaron practicando el juego de la Truia etrusca, siendo una de las actividades más apropiadas para los jóvenes de las familias patricias más acomodadas y gozando de gran difusión, puesto que a menudo lo mencionan los historiadores con motivo de la celebración de fiestas imperiales o religiosas.

Se tienen referencias concretas de su realización durante la Dictadura de Sila (82-80 a.C.) y con ocasión de la presentación ante César de los triunfos militares de grandes generales. Sin embargo, el juego original de la Truia que practicaban los jóvenes de familias nobles con motivo de alguna celebración ritual, durante el período del Imperio se convirtió en un espectáculo público muy asociado a los ámbitos castrenses, como el celebrado en el año 29 d.C. en el Foro de Roma y organizado por Augusto con motivo de la consagración del templo al César. Ya no se trataba de un mero juego pueril, sino de un espectacular montaje militar de entretenimiento, que era habitual realizar en fechas muy señaladas como la celebración de victorias militares, o incluso los días de paga cuatrimestral en períodos de largas campañas.

Prueba de la gran aceptación de este juego entre el pueblo romano la encontramos en la obra de Rodrigo Caro: “Días geniales y lúdricos”, en donde se relata que:

*“Entraban como ahora en sus cuadrillas; los cuadrilleros habían de ser de lo mejor de Roma; llamábanles Príncipes de la Juventud; al juego, por sus fundadores, llamaban Troya o la Casa real de Príamo. Así lo dice Festo Pompeyo: Troya et regia Priami lusus puerorum equestrium dicitur. También le llamaban Pyrrhica vulgarmente. Así lo dice Servio en el 5 Aeneid: Ut ait Suetonius Tranquillus, lusus ipse, quem vulgo pyrrhicam appellant, troya vocatur cujus originem expressit in libro de puerorum lusibus... pues voy probando que el juego de cañas fue propio de los muchachos. Hubo algún tiempo en que la costumbre de jugar los muchachos las cañas se intermitió y dejó; mas Julio Cesar, que tuvo espíritu ardiente de honor, lo restauró. Suetonio en este príncipe: Circensibus Troiam lusit turma duplex maiorum minorumve puerorum. Dión dice lo mismo en el libro 43: Trojam antiquo more*

*patriciorum filii luserunt. Augusto Cesar, por la misma razón que su tío, le fue muy aficionado; y le celebró mucho Tranquilo en su vida: Sed et Troiae ludum edidit frequentissime maiorum minorumve puerorum delectu prisci decoris morisque existimans clarae stirpis indolem sic innotescere. Más habiendo sucedido que se le quebró una pierna a Cayo Nonnio Asprenate, y después a Escornino, hijo de Asinio Polión, personas nobilísimas, se dejó de ejercitar por algún tiempo. Después, olvidadas aquellas desgracias, se volvió a usar de ordinario. Dión, en el libro 48, dice que Mario Agrippa lo hizo con gran magnificencia en las fiestas apolinales. Después, siendo edil, dio a los muchachos el gasto de las libreas y lo demás necesario para un juego de cañas... La gran bestia de Nerón, siendo muchacho, aún no de doce años, lo jugó con tanta destreza y donaire, que se llevó el favor público y aura popular...”<sup>14</sup>*

Igualmente encontramos referencias de su celebración a través del historiador Flavio Josefo (37-100 d.C.), quien en los siete libros de su obra “La guerra de los judíos”, nos narra entre otros acontecimientos, las victorias del general Tito en Palestina, hijo del que llegaría a ser posteriormente el emperador Vespasiano. En esta obra nos cuenta que con motivo de la entrega de la paga a los legionarios que habían participado en las campañas para apaciguar a los judíos de Palestina, se celebraron unos desfiles y exhibiciones hípicas durante cuatro días, uno para cada una de las Legiones allí desplazadas. En estos desfiles:

*“Como era su costumbre, las tropas despojaron sus armas de las envolturas que las cubrían y avanzaron, vestidos con cotas de malla, para recibir su paga. La caballería llevó a sus caballos ricamente enjaezados... por doquier resplandecían la plata y el oro.”<sup>15</sup>*

En el transcurso de estas celebraciones, se realizaban dos actos diferentes: el desfile inicial lleno de boato y pomposidad, y la posterior exhibición ecuestre que era conocida con el nombre de “Hípica Gimnasia”, en la que se realizaban diferentes juegos y demostraciones de habilidad a caballo, entre ellas el antiguo juego de la Troia, en el que según nos cuenta Diem:

*“Los equipos eran capitaneados por príncipes imperiales; el juego era incluido en los programas de las asociaciones juveniles del emperador: los Collegia Juventus.”<sup>16</sup>*

Se trataban de competiciones ecuestres en las que dos equipos se enfrentaban ataviados con unos trajes y equipos de valiosos metales muy labrados y cuidados, tanto para ellos como para sus caballos.

*“Consistía en una exhibición de destreza a caballo, en la que los dos equipos se enfrentaban alineados uno frente a otro; los jinetes de uno de los equipos estaban provistos de jabalinas simuladas mucho más ligeras que las de uso normal, que tenían que arrojar a los jinetes del otro equipo mediante una carga simultánea de todo su equipo, tras la que debían retirarse nuevamente a sus posiciones; mientras tanto los componentes del otro equipo debían esperarles quietos y provistos de*

*escudos protectores haciendo la función de blancos. Cada golpe certero sobre un contrario puntuaba un tanto, existiendo probablemente puntuaciones concretas al acertar en lugares exactos como el escudo, el caballo o la cabeza del jinete”.*<sup>17</sup>

En estas competiciones hípicas se empleaba una indumentaria diferente a la de los desfiles, en la que los jinetes llevaban cascos que tenían caretas incorporadas que cubrían toda la cabeza incluida la cara y los caballos iban protegidos por todo su cuerpo incluida la cabeza con testeras y grebas, al igual que los jinetes.

Restos arqueológicos de este tipo de equipamientos, tanto de jinetes como de los caballos, se han encontrado en casi todos los puntos geográficos en los que se asentaron las legiones romanas, con numerosos restos muy bien conservados de cascos, testeras, grebas, etc; como los aparecidos del siglo III a.C. en la localidad bávara de Straubing, o los encontrados en Ribchester (Gran Bretaña), Pompeya (Italia), Hebrón (Israel) y en Bulgaria; lo que nos hace pensar en que fue una práctica bastante difundida por todo el Imperio durante los siglos I al IV de nuestra era.

Al tratarse de una actividad tan frecuente, también lo serían las lesiones que se producían en el transcurso del espectáculo, lo que también nos confirma el gran médico Galeno en su escrito al magistrado Pisón en el año 191, al que le menciona:

“una peritonitis que contrajo un participante durante unas ordenadas evoluciones a caballo, a cargo de jóvenes de la nobleza y en conmemoración de ciertos misterios religiosos.”<sup>18</sup>

Sobre este mismo aspecto encontramos un punto de la narración de Rodrigo Caro, que nos relata como el historiador Dión, afirmaba en su libro 43 que Augusto César era muy aficionado a este juego, que presenciaba con mucha frecuencia:

“”*Sed et Troiae ludum edidit frequentissime maiorum minorumve puerorum delectu prisci decoris morisque existimans clarae stirpis indolem sic innotescere.*” Más habiendo sucedido que se le quebró una pierna a Cayo Nonnio Asprenate, y después a Escornino, hijo de Asinio Polión, personas nobilísimas, se dejó de ejercitar por algún tiempo. Después, olvidadas aquellas desgracias, se volvió a usar de ordinario.”<sup>19</sup>

Lo cual nos confirma que las lesiones eran muy numerosas, pero de poca importancia, en el transcurso del desarrollo del juego de la Troia; así como la frecuencia con la que se disputaba este juego durante la época romana.

### **Adaptación medieval: Los Torneos**

Con el inicio de la Edad Media, comienza a decaer el interés general por todo tipo de espectáculo físico que pudiese considerarse relacionado con la ideología pagana, encargándose la iglesia de modificar aquellos otros que tuviesen mucha implantación y arraigo entre la población y que por lo tanto resultase muy difícil su desaparición inmediata.

Este fue el caso del juego de la Troia, que al seguir realizándose en muchos puntos de Europa se tuvo que adaptar a la mentalidad cristiana, tomando forma de preparación de los caballeros para la guerra, con lo que continuó siendo una actividad vinculada a los más jóvenes de la clase noble, al menos inicialmente, pero a partir de entonces asociado al espíritu de la caballería al servicio de los ideales cristianos; apareciendo con ello los originarios torneos medievales. En ellos, además de aumentarse el número de participantes (inicialmente a 15, y después a 40 y 50, hasta llegar incluso en algún caso a los 100 jinetes por equipo), también se sustituyeron las constantes cargas y retiradas de la Troia, por un ataque continuado que no permitía desfallecer ante el enemigo, ni denigrarse dándole la espalda en retiradas, aunque fueran fingidas.

Al mismo tiempo, la sustitución de la caballería ligera por la pesada, que acababa de crearse y que ya no se limitaba a cargar desde distancia y recuperar sus posiciones, sino que por el contrario cargaba sobre las filas enemigas con fuerza abriendo brechas y sembrando el desconcierto entre ellas, provocaría que las lanzas cortas arrojadas fueran sustituidas por fuertes lanzas largas que aguantasen los embistes de las cargas y por la espada más útil en las distancias cortas.

Estos Torneos tuvieron sus orígenes en el siglo IX, durante el mandato del Emperador Carlomagno (no en vano se le conocía con el apelativo de “el primer caballero”), quedando constancia de la celebración en el Imperio Germánico de gran cantidad de torneos, como comprueba Růxner, un heraldo palatino, en su libro publicado alrededor del año 1530, en el que se reflejan las actas de celebración de 36 torneos disputados en esa región desde el año 938 hasta el 1487.<sup>20</sup>

Sin embargo, la reglamentación de estos espectáculos no se desarrollaría hasta el siglo XI, cuando el francés Geofrey de Preuilly, redactó unas normas generales que con el tiempo serían aceptadas de manera universal:

*“La reglamentación de torneos se remonta al siglo IX. Nithard, nieto de Carlomagno, describió un torneo celebrado en presencia de Carlos “el Calvo” y Luis “el Germánico”, consistente en la formación de grupos, alternando los combates individuales con luchas de equipos y rápidas evoluciones, que llegaban hasta verdaderas batallas celebradas como diversión y ejercicio. Se extendieron sobre todo entre los carolingios y los celtas, con el nombre de “Conflictus Gallici”, o “Gallorum Pugna”. Las primeras reglas históricamente documentadas, son obra de Godofredo de Preuilly (fallecido en el año 1036); con ellas pretendió dar formas fijas y reducir al mínimo posible el peligro de algo que hasta entonces no había sido más que un salvaje tumulto.”*<sup>21</sup>

No obstante, aunque el juego de la Troia pudiera considerarse como el origen de estos torneos medievales, nunca llegaron estos a desplazar al juego primitivo, puesto que en el siglo XIII eran conocidos en varios lugares de Europa ambas prácticas de manera diferenciada, aunque el juego troyano ya recibía el nombre de “Juego de Cañas” con el que se practicaba en España, así como también diferenciados de diversos juegos, diversiones y habilidades hípicas en las que se empleaban lanzas pequeñas, jabalinas cortas, o cañas, como eran: bordar, romper tablados, lanzar sobre blancos, la sortija, etc.

Sirva como ejemplo de la convivencia de ambas actividades antes mencionadas, la obra de la “Crónica de Don Enrique III” (partida 1, capítulo 11) (1396):

*“Cuando mandab facer muy honradas fiestas, é procesiones, mandaba facer justas, é torneos, é juegos de cañas, é daba armas, é caballos, e ricas ropas, é guarniciones a aquellos que estas cosas habían de facer.”*<sup>22</sup>

Con ello, comprobamos la continuidad en la práctica del juego de la Troia en nuestro país con el nombre de “Juego de Cañas”, como heredero hispano-romano de dicho juego y de manera paralela a la celebración de los torneos caballerescos, tan de moda entre la nobleza e hidalguía de la época.

Pero no solamente en España quedaron reminiscencias del antiguo juego troyano, sino que en todos los puntos geográficos en los que la dominación romana tuvo una permanencia prolongada, siguieron practicándose en fechas festivas señaladas, juegos similares con escasa modificaciones. Nosotros vamos a intentar analizar algunos de ellos y compararlos con el Djerid original, a fin de conocer como ha ido evolucionando a lo largo de todo el “Mare Nostrum”, como medio fundamental a través del cual se producía la difusión a todo el orbe conocido de usos y costumbres en aquella época; para lo cual intentaremos estudiar las características de juegos similares practicados, al oeste con el “Juego de Cañas” de España, al noreste con el “Cirit” de Turquía, y al sur de dicho mar con la “Fantasía” de Marruecos.

### **El Juego de Cañas en España:**

Aunque son muy numerosos los autores que han considerado a los Juegos de Cañas como una actividad autóctona hispana, acabamos de comprobar como existieron precedentes de dichos juegos que fueron evolucionando y adaptándose a las características del contexto hasta convertirse en los Juegos de Cañas que conocemos por las numerosas referencias existentes en nuestro país durante el siglo XVII y XVIII, especialmente haciéndolos coincidir con los festejos taurinos de las grandes celebraciones.

En cuanto a sus orígenes hispanos, encontramos muchos y renombrados escritores que lo han defendido a lo largo de muchos siglos, como Jovellanos, el mismísimo Quevedo quien en su “Epístola satírica y censoria” afirmaba: *“Jineta y caña son contagio de moro”*, o también el historiador del siglo XVII, Fray Diego de Arce, quien opinaba que:

*“Es propio de moros el juego que llamamos de cañas, y tan propio que solo ellos lo usan o algunos pueblos que lo han tomado de ellos; de donde para jugarle, en el traje los remedaban y visten como ellos.”*<sup>23</sup>

Incluso en el siglo XXI, existen renombrados historiadores de la misma opinión, como el Catedrático de Historia Medieval de la universidad de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia, D. Miguel Angel Ladero Quesada, quien en su libro “Las fiestas en la cultura medieval”, afirma sobre el Juego de cañas que...:

*“tenía un origen musulmán y exigía mucha destreza pero era menos peligroso que el torneo...”*<sup>24</sup>

No podemos hablar de Juegos de Cañas propiamente dichos hasta el siglo XIV, ya que aunque tenemos constancia de la celebración anteriormente de actividades parecidas, estas se encuadrarían más en la evolución que se fue produciendo de los torneos, que al origen concreto de los Juegos de cañas. A este respecto, cabe mencionar que en el “Libro de la Orden de Caballería”, escrito en el siglo XIII por el mallorquín Ramón Llull, figuran los entretenimientos que practicaba un caballero de esa época, no apareciendo entre ellos mención alguna a la práctica del Juego de Cañas:

*“El caballero debe cabalgar, justar, correr lanzas, ir armado, tomar parte en torneos, hacer tablas redondas, esgrimir, cazar ciervos, osos, jabalíes, leones y las demás cosas semejantes a estas que son oficio de caballeros; pues por todas estas cosas se acostumbran los caballeros a los hechos de armas y mantener la orden de caballería.”*<sup>25</sup>

Con lo que no parece que en esa época se celebrasen los Juegos de Cañas, ni que fuese una práctica habitual entre caballeros, al menos con ese nombre. Sin embargo, será a partir del siglo XIV cuando comience a aparecer una especie de mascarada, simulacro jocoso adoptado por su sentido lúdico original, de combates entre caballeros disfrazados de “moros”, vestimenta a la que llamaban “Marlota”, en los que para evitar peligros se lanzaban cañas en lugar de lanzas. Esta práctica de combate figurado entre moros y cristianos, ya era celebrada desde inicios del siglo XII, puesto que con motivo de la boda del Conde de Barcelona, don Ramón Berenguer IV con la infanta Petronila de Aragón...:

*“que tuvo lugar en la recién conquistada Lérida en 1150, al incluirse dentro de la comitiva nupcial una “danza de moros y cristianos con reñido combate”. Gozaron estos simulados combates de tal aprecio en la corte aragonesa, que los extendieron por gran parte del Mediterráneo.”*<sup>26</sup>

Otras pruebas de la realización de estos combates fingidos, aparecen también con motivo de diversas celebraciones, como puede ser el simulacro de combate que se desarrolló para el entretenimiento de las tropas de Jaime II cuando cercaba la ciudad de Ceuta en 1309; o la celebrada en Jaén durante el reinado de Enrique IV de Castilla, cuando 200 caballeros de la ciudad se enfrentaron en dos bandos, unos vestidos de cristianos y otros de “hábito morisco de barbas postizas”, con su rey de Marruecos al frente, según se relata en las Crónicas de los hechos del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo”, para celebrar el día de la Pascua de Navidad de 1462.<sup>27</sup>

Algunos de los primeros documentos en los que aparecen referencias concretas a los Juegos de Cañas, los encontramos a partir del siglo XIV, como pueden ser:

- La “Crónica del Condestable don Miguel Lucas de Iranzo”<sup>28</sup>, obra anónima, aunque atribuida a varios autores sin confirmar, de 1473; en la que además de la escaramuza

entre fingidos moros y cristianos antes descrita, son numerosas las referencias a la realización de Juegos de cañas por diferentes motivos, como por ejemplo: la fiesta realizada en 1458, al regresar a Jaén después de una incursión castellana contra el reino de Granada, en la que se entretuvieron ”corriendo toros y jugando cañas, y andando a monte de puercos y osos, y recibiendo otros muchos servicios que el condestable le buscaba y hacía a su protector (Enrique IV)...”; también menciona la realización de juegos de caña en las fiestas de celebración de su boda con doña Teresa de Torres (o de Solier) el 25 de enero de 1461; o las fiestas por el nacimiento de su hija mayor doña Luisa en enero de 1465; o la boda de Teresa Mejía, criada y pariente de su esposa; o la boda de don Fernán Lucas, primo del Condestable y tesorero de la casa de la moneda de Jaén con una hija del Alcaide de Andujar en mayo de 1470; o con motivo de las celebraciones anuales de las fiestas de San Juan el 24 de junio, en las que podemos apreciar la frecuencia con que se realizaban a lo largo de una misma festividad numerosos enfrentamientos de juegos de cañas.

- La descripción del Juego de Cañas al que asistió Jerónimo Münzer en Granada, el 16 de octubre de 1494, víspera de la festividad de los apóstoles San Simón y San Judas.<sup>29</sup> Esta descripción nos sirve también para incidir en lo popular que era este juego, incluso entre los musulmanes de Al-Andalus, lo que con el tiempo llevó a la creencia generalizada de considerarlo como un juego originario de la cultura islámica de nuestro país.
- También existe documentación narrando la celebración en Toledo, durante el día de San Juan de 1502, de un Juego de Cañas organizado por el rey para agasajar a su yerno, el archiduque Felipe de Habsburgo, con la característica de que todos los participantes iban vestidos a la “morisca”.<sup>30</sup>

Además, en este periodo se escribieron numerosos libros en los que se analizaba la práctica de los Juegos de cañas, como:

- El “*Tratado del Juego*”, de 1558, escrito por Fray Francisco de Alcocer, que en su capítulo 52 denominado: “De las Justas, juegos de cañas, correr sortija y esgrimir”, nos describe muy detalladamente la consideración social y religiosa del Juego de cañas, la descripción de sus partes y elementos, así como las ganancias que se obtenían con su práctica, tanto en premios como en apuestas.
- El “*Tratado de la caballería de la gineta*”, obra de Pedro de Aguilar en 1572.
- El “*Libro de Exercicios de la Gineta*”, escrito en el año 1600 por el capitán Bernardo de Vargas Machuca, indiano natural de Simancas en Castilla la Vieja, quien en esta obra dirigida al conde Alberto Fucar, explica de manera muy detallada como se desarrollaba el Juego de Cañas durante esa época.

- Los “Días geniales y lúdricos” de Rodrigo Caro en 1626; quien también nos describe el Juego de Cañas, pero basándose sobre todo en la descripción del mismo de la Eneida de Virgilio, anteriormente comentada.
- El libro “Ejercicios de la Gineta”, escrito por Gregorio Tapia Salcedo y editado en Madrid en 1643.
- El “Calendario y pronóstico nuevo del Médico de Caliz, Salvador de todos los males que nos pronostica todos bienes y buenos sucesos para todos los años: con un Juego de cañas que se celebró en el Retiro, buuelto a la divino: con otro Romance del día del Hábeas, que se cantó en la Capilla Real”; escrito en el año 1649.
- La obra “Palestra particular de los ejercicios del caballo: sus propiedades y estilos de torear y jugar las cañas”, escrito por Andrés Dávila y Heredia, y editado en Valencia en la imprenta de Benito Macé en 1674.
- La obra “Del Juego de Cañas”, de Basilio Sebastián Castellanos, escrita en 1841.

Tras la gran difusión inicial de este juego en los inicios del siglo XIV, su práctica comenzó a decaer en la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, de lo cual se lamentaba incluso el poeta Quevedo en su “Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos”, escrita en 1623 sobre la reforma de los trajes y la represión del lujo emprendida por el Conde-Duque de Olivares, en la que afirmaba:

*“Gineta y cañas son contagio de moro;  
restitúyanse cañas y torneos  
y hagan paces las capas con el toro.”*

No obstante, su celebración con motivo de fiestas señaladas, como el nacimiento de infantes, la visita de reyes, o la celebración de batallas importantes, era práctica habitual en todo el país, pero especialmente en los lugares en los que se encontrase la corte, ya que siempre se trató de un entretenimiento cortesano, aunque del que disfrutaba mucho el pueblo como espectador por su gran boato y el ceremonial que le rodeaba.

Existen documentos que prueban su realización en todos los puntos geográficos del Imperio y no solo en la península, como lo demuestra su celebración en Nápoles, que entonces pertenecía a la corona española, a través de la obra teatral escrita por Juan Batista Pedrezano en 1533 y editada en Venecia con el título: *“Questión de Amor de dos enamorados: al uno era muerta su amiga, el otro sirve sin esperanza de galardón: disputan cual de los dos sufre mayor pena: entre ser ese en esta controversia muchas cartas y enamorados razonamientos; introducense más una casa; un juego de cañas; una égloga; ciertas justas; y muchos caballos y damas con diversos y ricos atavíos, con letras e inscripciones. Concluye con la salida del Señor, Visrey de Nápoles, donde los dos enamorados al presente se hallaban, para socorrer al Santo Padre. De donde se cuenta el número de aquel lucido ejercicio y la contraria fortuna de Ravena; la mayor parte de la obra es historia verdadera.”*<sup>31</sup>

A partir de 1621, con la llegada al poder del rey Felipe IV, se producirá un resurgimiento del Juego de Cañas, debido sobre todo a la gran afición que tenía este rey por su práctica, siendo muy numerosas las veces en las que el propio rey participó en el juego, como afirma:

*“Era el rey aficionadísimo a tal deporte (Juego de cañas), tomando parte en él personalmente con frecuencia, singularmente en sus años mozos:”* <sup>32</sup>

O también la opinión de Canovas del Castillo, cuando afirmaba sobre Felipe IV que:

*“No parece sino que para tales ejercicios nació ya predestinado, porque en los regocijos que por su nacimiento se celebraron en Valladolid, hubo famosísimas cañas, en las cuales corrieron con los caballeros de la Corte, contra su costumbre, el mismo Felipe III y el privado Lerma”* <sup>33</sup>

Durante todo su reinado fueron numerosas las fiestas en las que se celebraron Juegos de cañas, llegando con él a su periodo de mayor apogeo.

“Ya rey Felipe IV, pero adolescente aún, pues solo contaba dieciocho años, justó en una de las cañas de más memorable recordación, con motivo de las fiestas suntuosas celebradas en 1623, para obsequiar al príncipe de Gales, cuando vino a Madrid a concertar su boda con la hermana de nuestro monarca. De ellas, Pinelo, Soto y Aguilar y otros contemporáneos dejaron minuciosas descripciones. Fue el 21 de agosto de 1623, en la Plaza Mayor, lugar que, preparado al efecto, como en las corridas de toros, servía también para las cañas.” <sup>34</sup>

Además de la participación real en este famoso Juego de cañas, fueron muy numerosos los juegos de este tipo que se celebraron con motivo de fiestas reales durante su reinado como:

- 1605: El celebrado en Valladolid con motivo del nacimiento de Felipe IV, hijo de Felipe III y Margarita de Austria; en el que participó el rey y el Duque de Lerma. <sup>35</sup>
- 1623: Con motivo de la visita del Príncipe de Gales, Carlos Estuardo para concertar su boda con la infanta Margarita, que posteriormente no llegaría a realizarse, tuvo lugar otro famoso juego el 21 de agosto de 1623 en la Plaza mayor de Madrid, en el que tomo parte el propio rey. <sup>36</sup>
- 1629: Para celebrar la boda de la infanta Margarita con el rey Leopoldo I de Hungría. <sup>37</sup>
- 1636: En las que el rey participó con dieciséis cuadrillas de a doce caballeros, “rompiendo él solo tres lanzas”.

- 1651: Las fiestas de Toros y cañas celebradas en Córdoba.<sup>38</sup>
- 1661: Con motivo de las celebraciones por el nacimiento del infante Baltasar Carlos, el futuro Carlos II, último monarca español de la Casa de Austria; donde también contendió el rey Felipe IV entre sesenta caballeros.<sup>39</sup>
- 1657: Para celebrar el nacimiento de los infantes Margarita y Felipe Próspero (que moriría prematuramente)<sup>40</sup>

¿Cómo eran los Juegos de Cañas que se celebraban en esa época?

Básicamente se diferenciaban poco del originario juego de la Troia, aunque debido a su alta peligrosidad se la habían determinadas normas de “bizarria”, como el lanzar las cañas por encima de los contrarios, a fin de evitar posibles lesiones, convirtiéndolo en un espectáculo caballeresco de exhibición ecuestre y perdiendo sus finalidades de preparación bélica; además dejó de ser una actividad destinada a los jóvenes de la nobleza para ser practicado por los propios caballeros e incluso por el rey, con lo cual se convirtió de una actividad juvenil en un entretenimiento de adultos.

Una descripción muy detallada del juego durante esta época la encontramos en el libro escrito en el año 1600 por Bernardo Vargas Machuca, titulado “Exercicios de la Gineta”, que en su parte cuarta trata sobre las entradas del Juego de cañas y la escaramuza en los siguientes términos:

*“Y tornando al propósito, digo, que así como hayan salido dos caballeros en pareja del puesto de la mano derecha al punto que lleguen al medio de la plaza, partan otros dos del puesto contrario: y tras ellos salgan del puesto derecho con esta cuenta, y así vayan prosiguiendo: con advertencia, que los que hubieren partido del puesto derecho, así como paren, tomen de paseo la cuadra sobre mano izquierda, y los que hubieren partido del contrario puesto, tomen de paseo sobre la cuadra y parte derecha: porque en esta manera se representa una gallarda entrada, y especie de escaramuza: y si se hiciese con alguna destreza este juego antes que el contrario tomase el medio de la plaza, de partir sobre el, parecería admirablemente, y andarían mas trabadas las entradas: y de cualquiera manera se continuaran, hasta que todos hayan pasado: y el paseo en la manera que se dice unos tras otros, hasta que llegue cada uno a la entrada del puesto contrario: de donde así como acaben de pasar los postreros contrarios, comenzaran ellos a enrar: que con esta cuenta se vienen a trocar, y pueden hacer por este orden las entradas que quisieren.”<sup>41</sup>*

Más adelante, en esta misma obra, se hace mención a las cuatro diferentes entradas que se realizan por los caballeros en el trascurso de un Juego de cañas y la forma de lanzarse.<sup>42</sup>

¿Cómo se realizaban los lanzamientos?

En cuanto a la técnica empleada para realizar el lanzamiento de las cañas, también se describe en este mismo libro los diferentes modos en que se puede lanzar, indicando que debería realizarse de la siguiente manera:

*“...cada cuadrilla (como queda dicho) corra su modo y suerte de lanza diferente, porque parece muy bien: y cuando esto no se acomodare por varios gustos, cada pareja lo haga, porque parecerá muy mal variar, y diferenciar entre los dos: que así como han de llevar en la carrera pareja en los caballos, la han de llevar en la lanza: y para que escojan lanzas pondré aquí algunas de ellas.*

*Dicho queda, que para todo ejercicio de la lanza nos hemos de aprovechar de las cuatro posturas universales de la lanza: y así para estas entradas será bien nos guíen, con que en lugar de la una, que es atravesada, y que sale por la mira del adarga, metamos y nos aprovechemos de la que dijimos era para dar lanzada: porque la atravesada, con el embarazo que el compañero hace en la pareja, no se puede correr, si no es siendo muy particularmente diestros los dos de la pareja: pero puedese correr entre los que fueren tan bizarros y diestros, que se atrevan a correrla. También queda dicho, que la carrera de lanza se ha de repartir en tres tercios, así para que parezca bien en la obra, como para que el caballero se muestre a tener conocimiento en todo lo que quisiere obrar con la lanza, así en las veras como en los regocijos: lo cual sin esta cuenta, es imposible.”<sup>43</sup>*

Sobre la peligrosidad del juego durante esta época, encontramos referencias en el capítulo 52 del “Tratado del juego”, escrito por Fray Francisco de Alcocer en 1558; quien considera que debido a su alto riesgo de lesiones, era considerado por muchos sectores de la jerarquía de la iglesia cristiana como una práctica pecaminosa:

*“Los juegos de cañas que hacen unos contra otros con varas y cañas y con sus adargas en que reciben las cañas y se amparan de ellas, algunos los condenan por pecado mortal: porque dicen que hay en ellos probable peligro de muerte. Pero lo contrario nos enseña la experiencia: porque si no es por algún caso fortuito o descuidarse los que las juegan y no cubrirse bien con el adarga, por maravilla muere o se hiere alguno en ellos. Y así es cierto que en los tales juegos y regocijos no hay probable y ordinario peligro de muerte, y que se usan y ejercitan sin culpa alguna... conviene saber que no es pecado usar de los tales ejercicios y regocijos y juegos en días de fiesta. Porque aunque se tome en ellos mucho trabajo y cansancio, no son obras de siervos sino de personas libres y caballeros y aun de ilustres: y así no son prohibidos en días de fiesta.”<sup>44</sup>*

¿Qué materiales eran necesarios para practicar el juego?

En cuanto a los elementos que se utilizaban para el desarrollo del juego, eran básicamente, además del caballo que no podía faltar, las lanzas o cañas y la adarga o escudo; además de ir todo ello adornado con ricas vestimentas y atavíos de adorno para jinetes, monturas y caballo. Las características de estos materiales estaban muy definidas:

a) Las Adargas (escudos):

*“El Adarga que es más a propósito para cañas, ha de ser grande: de medio arriba tiesa y de medio abajo blanda, porque se pueda doblar sobre el anca del caballo: la enmanejadura ha de ser al medio de ella y de tres manijas, dos grandes donde se meta el brazo, y una chica para la mano. Y aunque son de opinión algunos que no es conveniente, lo es mucho: porque en el juego si la adarga no tuviese esta manija, andará danzando en el brazo, y por momentos caerse sobre la mano: y para remedio de ello, importa mucho tenerla para las entradas, y para la escaramuza, si se hubiere de hacer después del juego: porque con ella se cubre mejor el caballero en el enristre, y abriga mas la lanza en esta forma, y el Caballero va mas cerrado: y así para las veras, como para el juego y regocijos es mas provechosa adarga, más airosa y bizarra. También es bien, que el Caballero eche en ella tahalí o fiador para el hombro, en la forma que le diré en la escaramuza de lanza y adarga, porque trayéndola así, la trae el Caballero con más descanso del cuerpo y brazo, y anda más alentado, y presto para todo.”*<sup>45</sup>

Igualmente Tapia Salcedo, nos describe que las adargas más recomendables para emplear en el juego de cañas eran de una medida:

*“de 8 tercias de largo al menos, lisas y derechas, rígidas en su mitad superior, y flexibles en la inferior, para que pudieran doblarse sobre el anca del caballo. En su parte central llevaban una embrazadora, dos brazales, una manija y un fiador, que venga desde el hombro, como tahalí, con su hebilla para acortar y alargar... Doran las adargas y las platean por de dentro; parecen mejor de fuera blancas: suelen poner en ellas bandas, motes, cifras y empresas muy curiosas...”*<sup>46</sup>

b) Las cañas o lanzas:

Sobre las armas arrojadizas empleadas para el desarrollo del juego, Tapia Salcedo indica que deberán ser de:

*“También debían llevar las cañas en medio un palillo atravesado, para arrojarlas con más fuerza, y el nudo postrero cortado, liso, sin punta, porque lo contrario se reputa a superchería. Hay cañas pequeñas llamadas bohordos, que han de tener canutos pesados llenos de arena o yeso. El amianto con que se han de tirar ha de ser delgado y de hasta palmo y medio de largo; pónese en la caña con una vuelta sola, y ha de quedar muy apretado y tirante: hanse de llevar en la mano, asido en el dedo de en medio o muñeca de la mano derecha, muy iguales y tanteados, porque al tiempo del despedirlos no salgan altos ni bajos, de manera que vayan rompiendo con igualdad el aire... Las cañas eran a veces de colores. Se las arrojaban unos a otros los caballeros de cada cuadrilla, debiendo el amenazado por el golpe procurar pararle con su adarga. Era el más diestro adalid quien mejor lograba esto o sabía hurtar el cuerpo al proyectil amenazador, haciendo, en cambio, llegar el suyo a su contrario. A veces, el encuentro era de hombre a hombre; otras se embestían de dos a*

*dos, y en ocasiones, de cuadrilla a cuadrilla, luchando todos sin orden ni concierto.”*<sup>47</sup>

¿Cómo finalizaba el juego?

Cuando todas las cuadrillas habían lanzado sus cañas, se hacía sonar un “añafil” los padrinos se colocaban en medio del terreno de juego y en ese momento todos los caballeros debían poner fin a sus escaramuzas, aunque siempre surgía algún jinete que continuaba corriendo como despedida del espectáculo. También se *“suelen cerrar las puertas y soltar un toro o más... y los caballeros que quieren pueden tomar rejones, con lo cual se acaba la fiesta.”*<sup>48</sup>

¿Qué premios, recompensas y apuestas existían en el juego?

La mejor respuesta a esta pregunta, la encontramos en el “Tratado del juego” de Fray Francisco de Alcocer, quien sobre las ganancias que reportaba la celebración de algún Juego de cañas o justa, afirma que había cuatro maneras de ganar dinero con los Juegos de Cañas. En primer lugar mediante la aportación por parte de los organizadores de alguna *“joya o pieza de brocado o tanta suma de dineros” para el vencedor del juego;* en segundo lugar, cuando los contendientes en el juego apuestan entre sí, o se comprometen a entregar algo al equipo ganador; en tercer lugar, cuando aquellas personas que no participan en el juego, apuestan por el equipo ganador, y por último, cuando existen personas que mediante la celebración de los Juegos de Cañas obtienen algún beneficio, como alquilar ventanas o balcones para poder verlos con comodidad.”<sup>49</sup>

Con la desaparición en la monarquía española de la Casa de Austria y la llegada al poder de los Borbones, poco aficionados a los entretenimientos ecuestres y taurinos, la celebración de los Juegos de cañas entraría en un declive progresivo hasta su desaparición, aunque se tenga constancia de la práctica de algunos de estos juegos en fiestas reales señaladas durante el siglo XIX, como por ejemplo: la fiesta celebrado el 12 de enero de 1730 en la Plaza de San Francisco de Sevilla, para festejar el nacimiento de la infanta María Antonia Fernanda, hija del rey Felipe V, en la que se enfrentaron en un juego de cañas y en otro de correr alcancías, dos equipos capitaneados por el caballero Rodolpho Aquaviva y por el Marqués de Montefuerte;<sup>50</sup> o también la fiesta desarrollada en Valencia en 1830, con motivo de la llegada de María Cristina de Borbón, cuarta esposa de Fernando VII al territorio español; aunque más se acercaba a representaciones de combates entre moros y cristianos que a los tradicionales Juegos de Cañas.<sup>51</sup>

Con el transcurso del tiempo, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, los entretenimientos cortesanos para demostrar la maestría en la equitación, la prestancia en el porte y el lujo del atavío, fueron sustituyendo al Juego de Cañas por otras actividades físicas ecuestres menos peligrosas, como el correr sortija, el correr alcancías, la carrera pública, la máscara, la encamisada, e incluso el estafermo, que antiguamente se había empleado para el entrenamiento de las justas.

En este sentido es necesario recordar de manera muy resumida en qué consistían algunas de estas actividades como:

- Correr Alcancías: Consistente en juegos de cañas en los que se sustituían las cañas por pequeñas alcancías o huchas de barro poco cocido de gran fragilidad y rellenas de polvo blanco, que al estrellarse contra los oponentes les manchaba creando gran polvareda.
- Correr Sortija: Era muy practicado en nuestro país desde la segunda mitad del siglo XV, continuando aún celebrándose en muchas localidades como un juego popular. Consistía en “la habilidad de meter la lanza, con el caballo a galope, el aro colgado de una cuerda”; en algunos lugares era conocido con el nombre de “correr cintas”<sup>52</sup>, ya que el aro iba unido a una cinta de colores que quedaba colgada al aire de la lanza si lo insertaba.
- Carreras públicas y Máscaras: “Es el ejercicio más propio de caballeros...; y en todas las ciudades hay parte señalada para ello, que ha de constar de una pared (que llaman campo cerrado) y otra de medio estado o de tres palenques o vallas, dejando en medio dos carreras... El caballero ha de hacer cortesía a las personas de respeto que estuvieran delante; luego ha de terciar su capa y requerir el sombrero, y pasear lentamente la carrera para que el caballo la conozca y no se espante después, acomodándose a una serie de requisitos reglamentados... A veces se hacía en parejas la carrera de paseo. Las que se han hecho de día en Palacio por algún regocijo son entre tres vallas, que dejan dos carreras en medio: vase por la una de paseo, y en ella se hacen las cortesías, y vuelvese por la otra corriendo (que han de ser la en que se volviese a mano izquierda). También se usan de noche las carreras en parejas, que llaman “máscaras”, con hachas en las manos y ricos vestidos, y en la misma forma de vallas.”<sup>53</sup>
- La Encamisada: Era “cierta fiesta que se hacía de noche con hachas por la ciudad, en señal de regocijo, yendo a caballo sin haber hecho prevención de libreas, ni llevar orden de máscaras, por haberse dispuesto repentinamente, para no dilatar la demostración pública y celebración de la felicidad sucedida.”<sup>54</sup>
- El Estafermo: “...debía tal nombre a ser éste el de una figura mecánica y giratoria, que representaba a un hombre armado. Los caballeros que a caballo corrían, golpeaban con su lanza el escudo que llevaba el muñeco, y habían de hacerlo con rapidez, pues en caso contrario el estafermo volvíase rápidamente, y les sacudía las espaldas con unas bolas o unos saquillos de arena.”<sup>55</sup>

Con la práctica de todos estos entretenimientos ecuestres menos peligrosos, los Juegos de Cañas entrarían en un proceso de progresiva desaparición y olvido, en el que solo se mantendrían hasta inicios del siglo XX como complemento a los espectáculos taurinos; en donde aún recordamos la convocatoria de los carteles anunciadores de muchas temporadas taurinas de localidades importantes, con el encabezado de “Fiestas de Toros y Cañas”, hasta su total desaparición a mediados del siglo XX; o entremezclados con los tradicionales “alardes”, o revistas de la milicia popular, que ya fueron reglamentados por el Cardenal Cisneros en las ordenanzas de 1503 y posteriormente por Felipe II, y que a partir del siglo XVII se irían convirtiendo en hermandades o cofradías religiosas bajo supervisión

eclesiástica.<sup>56</sup> Todo ello al menos en nuestro país, puesto que como se puede comprobar, se seguirían practicando en otros lugares de la ribera del Mediterránea, otros juegos continuadores de la primitivo Djerid turco, o la Truia etrusca, como pueden ser el “cirio” en Turquía y la “Tbaurida”, o también llamada “Fantasía”, en Marruecos.

---

<sup>1</sup> Kinder, H. y Hilgemann, W.. *Atlas Histórico Mundial. De los orígenes a la Revolución Francesa*. Istmo, Madrid, 1986, p 35.

<sup>2</sup> Diem, C. *Historia de los Deportes*. Caralt, Barcelona, 1966, T 1, p 294.

<sup>3</sup> Amsler, Jean. *El entrenamiento del caballo Hitita*. Citius-Altius-Fortius, Madrid, 1974, T XVI, fasc 1-4, p 385-405.

<sup>4</sup> Diem, C. 1966, Op. cit, p 295.

<sup>5</sup> Ibidem, p 296.

<sup>6</sup> Ibidem, p 297-298.

<sup>8</sup> Virgilio. *Eneida*. Orbis-Origen, Barcelona, 1982, p 128 y 129.

<sup>9</sup> Diem, C. 1966, Op. cit. p 247.

<sup>10</sup> Ibidem. p 238.

<sup>11</sup> Auguet, R. *Crueldad y civilización: los Juegos Romanos*. Barcelona: Aymá, 1972, p 129-131.

<sup>12</sup> Diem, C. 1966, Op. cit, p 247.

<sup>13</sup> Ibidem, p 248.

<sup>14</sup> Caro, R. *Días geniales o lúdricos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1978, p 545-602.

<sup>15</sup> Connolly, P. *Las legiones Romanas*. Madrid: Espasa y Calpe, 1981, p 64.

<sup>16</sup> Diem, C. 1966, Op. cit., p 248.

<sup>17</sup> Connolly, P. 1981. Op. cit. p 54 y 65.

<sup>18</sup> Diem, C. 1966. Op. cit. p 248.

<sup>19</sup> Caro, R. 1978. Op. cit. p 545-602.

<sup>20</sup> Diem, C. 1966. Op. cit., p 437.

<sup>21</sup> Ibidem, p 388.

<sup>22</sup> Suarez Bilbao, F. *Crónicas de Don Enrique III (1396)*. Madrid: Ed. Corona de España, Autores Españoles, 1877, Partida 1, Capítulo 11.

<sup>23</sup> Arce, Diego. *Miscelánea*. Murcia, 1606; véase Castro Rossi: *Costumbres de los españoles en el siglo XVII*, p 91.

<sup>24</sup> Ladero Quesada, M.A. *Las fiestas en la cultura medieval*. Barcelona: Areté, 2004, p 137.

<sup>25</sup> Ibidem, p 134.

<sup>26</sup> Brisset Martín, Demetrio E. *Fiestas hispanas de moros y cristianos. Historia y significados*. Universidad de Málaga; *Gazeta de Antropología* nº 17, 2001, p 6.

<sup>27</sup> Cuevas, Del Arco y Del Arco. *Relación de los hechos del muy Magnífico e más virtuoso señor, el señor don Miguel Lucas, Muy digno Condestable de Castilla*. Jaén: Ayuntamiento y Universidad de Jaén. 2001.

<sup>28</sup> Mata Carriazo, Juan; *Los hechos del condestable don Miguel Lucas de Iranzo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, Cap. XV., p 18.

<sup>29</sup> Rodríguez, J. *Historia del Deporte*. Zaragoza: INDE, 2000, p 138.

<sup>30</sup> Ladero Quesada, M.A. 2004. Op. cit., 136; en García Mercadal, “Viajes de extranjeros”, I, cap. XX, p464-465.

<sup>31</sup> Pedrezano, J.B. *Questión de amor de dos enamorados*. Venecia: 1533, p 128.

<sup>32</sup> Deleito y Piñuela, J. “También se divierte el pueblo. Recuerdos de hace tres siglos”. Madrid: Espasa y Calpe, 1954, p 99.

<sup>33</sup> Canovas. *Bosquejo histórico de la casa de Austria en España*. 2ª edición, p 321; citado en Deleito y Piñuela “También se divierte el pueblo. Recuerdos de hace tres siglos”, 1954, p 99.

<sup>34</sup> Deleito y Piñuela, J. 1954, Op. cit. 99 y 100.

<sup>35</sup> Gabriel de San Juan. *Relación verdadera de las Fiestas Reales, toros y juego de cañas que se celebraron a doce de diciembre por el nacimiento del Príncipe nuestro señor*. Madrid: Bernardo de Guzmán, 1629.

---

<sup>36</sup> De la Pena, Juan Antonio de. *Relación de las fiestas reales y juego de cañas, que la Majestad católica del Rey Nuestro Señor hizo a los 21 de agosto deste presente año, para honrar y festejar los tratados desposorios... del príncipe de Gales con la señora infanta María de Austria*. Madrid: J. González, 1623.

<sup>37</sup> Deleito y Piñuela, J. Op. cit. 1954, p 101.

<sup>38</sup> Mesia de la Cerda, Pedro. *Fiestas de toros y cañas celebradas en la ciudad de Córdoba en el año 1651: con una advertencia para el juego de las cañas y un discurso de la caballería del torear*. Sevilla: Rasco, 1887.

<sup>39</sup> Conde de Polentinos. La Plaza Mayor y la Real Casa Panadería. "Boletín de la Sociedad Española de Excursiones", 1913, p 45.

<sup>40</sup> Alenda. Solemnidades y fiestas, p 323; citado en Deleito y Piñuela, "*También se divierte el pueblo. Recuerdos de hace tres siglos*", Madrid: Espasa y Calpe, 1954, p 101.

<sup>41</sup> Vargas Machuca, B. Libro de Ejercicios de la gineta. Madrid: Pedro Madrigal, 1600, p 82-90.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p 94-97.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p 92.

<sup>44</sup> Alcocer, Francisco de. Tratado del juego. Salamanca: Andrea de Portonarijs, 1558, p 289-292.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p 90-91.

<sup>46</sup> Tapia Salcedo, G. Ejercicios de la gineta al príncipe nuestro señor D. Baltasar Carlos. Madrid: Diego Díaz, 1643, p 14.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p 15-16.

<sup>48</sup> *Ibidem*, cap. XVII, p 91.

<sup>49</sup> Alcocer, Francisco de. 1558. Op. cit. p 292-294.

<sup>50</sup> Aguilar Piñal, Francisco. Historia de Sevilla, Siglo XVIII. Sevilla: Universidad de Sevilla; 3ª edición, 1989, p 115-118.

<sup>51</sup> Castellanos, Basilio Sebastián. *Del juego de cañas*. El Bibliotecario y el Trovador español, 1841, 69.

<sup>52</sup> Ladero Quesada, M.A. 2004. Op. cit. p 137.

<sup>53</sup> Tapia Salcedo, 1643, Op. cit. p 47; citado en Alenda, También se divierte el pueblo. Recuerdos de hace tres siglos; Madrid: Espasa y Calpe, 1954, p 102.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p 103.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p 103.

<sup>56</sup> Brisset Martín, D. 2001, Op. cit. p 7.